

## **El Municipio de Orica\***

*Raúl Flores Ramírez*

### **Autobiografía**

Nací el día 2 de noviembre del año 1913, mis padres fueron Teodora Flores y Eduardo Ramírez, personas de escasos recursos económicos. Mis estudios primarios hasta el tercer grado, los hice en mi pueblo natal, Orica, pasando después a cursar cuarto y quinto grado en la ciudad de Cedros. Concluidos los estudios de nivel primario, continué mi formación en la Escuela Normal Central de Varones de Comayagüela, en la cual después de 4 años obtuve el honroso título de Maestro de Educación Primaria.

A la edad de 5 años perdí a mi madre, situación que influyó en mi carácter; así como mi hermano Marcial fue una figura importante en mi educación.

El 21 de febrero de 1934 hice mi examen general para optar al título de Maestro de Educación Primaria. Ese mismo año ocupé la subdirección de la Escuela Urbana Mixta de Orica, con los grados tercero y cuarto. Al año siguiente pasé a ocupar la Dirección de la Escuela de Liure, en el departamento de El Paraíso, cargo que ejercí durante los años 1935 y 1936. En 1937 fui subdirector de la Escuela Álvaro Contreras de la ciudad de Cedros. Durante 1938 fui director de la Escuela de Orica y el siguiente año, 1939, pasé a ocupar en Tegucigalpa el puesto de maestro auxiliar de la Escuela República Oriental del Uruguay, anexa a la escuela Normal Central de Varones, bajo la dirección del maestro de generaciones don Vicente Cáceres.

En esa escuela aumenté mi acervo cultural, disciplina, orden, trabajo, constancia y firmeza de carácter. Por espacio de 5 años ejercí, junto con el Profesor don Toribio Bustillo, don Carlos Antonio Aguilar, don José María Silva Valladares y don Arturo Santos Vallejo, (todos ya muertos, QEPD). Realizamos una buena labor y ensayamos nuevos métodos en la escuela urbana mixta Isolina Lozano de Guillbert, que así se llamaba en aquel entonces. Empecé mi trabajo con el tercer grado, hasta sacar los alumnos de primaria. Entre ellos recuerdo a Roger Adolfo Brito, un profesional de las ciencias contables; Jorge Atus, sacerdote católico; Rigoberto Brito,

---

\* Testimonio tomado de "Monografía del Municipio de Orica, FM" del Profesor Raúl Flores Ramírez. El consejo Editorial ha decidido publicar este artículo por encontrarse la Montaña de la Flor en esta zona.

un comerciante afortunado; Germán Agurcia; María Agurcia; Miguel Ángel Licon Fuentes y otros que escapan de mi memoria.

En 1951 fui elegido Alcalde Municipal de Orica; en ese tiempo no pude hacer nada en beneficio por el pueblo debido a la miseria de los habitantes. Ese poder sólo duraba un año. En el año de 1954 fui elegido nuevamente alcalde. Mi labor fue muy poca por la pobreza y la miseria, en nuestra localidad apenas habíamos salido del gobierno del General Tiburcio Carias.

En el año de 1957, fui nombrado director de la escuela urbana mixta Isolina Lozano de Guillbert. Empecé mi labor no sólo dentro de la escuela, sino también fuera de ella. Durante 1959 promoví la construcción de la carretera; una vez que esta vía estuvo en regulares condiciones, mi trabajo se centró en la adquisición del proyecto de agua potable, ya para ese entonces teníamos un buen gobernante, el Dr. José Ramón Villeda Morales. En 1960 inauguramos la escuela 15 de Septiembre, nombrada así por disposición de la Supervisión Departamental de Educación Primaria. El Sr. Secretario de Educación Pública, abogado don Juan Miguel Mejía, puso todo su empeño en ayudarnos, dándonos L.4,000.00 en efectivo y L. 26,000.00 en ladrillos para la escuela.

Al mismo tiempo que se construía la escuela, se hacía una casa para el cura. También promovimos la construcción de la iglesia parroquial, la cual fue terminada en 1965. Debido al golpe de estado dado al gobierno del Dr. Villeda Morales, y como en aquel tiempo no había leyes protectoras del maestro, me vi obligado a dejar la Dirección de la escuela y me dediqué a la agricultura por espacio de algunos años. En 1975 volví a la escuela, siempre en Orica, como maestro auxiliar; luego como subdirector y finalmente como director en propiedad. Para 1976, logré que el Jefe de Estado don Juan Alberto Melgar Castro me diera un subsidio para construir cuatro aulas en la Escuela 15 de Septiembre.

Durante 1978 asumí la presidencia del patronato promejoramiento comunal. Con los pocos fondos que había en la tesorería del patronato y los que pude adquirir, refaccionamos el centro de salud de esta comunidad. En ese mismo año se construyeron tres aulas en la escuela 15 de Septiembre con la donación que hizo la institución "Plan en Honduras".

Con el nuevo gobierno surgido en 1981, conseguimos la creación del instituto de segunda enseñanza, el prevocacional "Óscar A. Flores" y la construcción de 6 aulas para el mismo instituto.

Mi labor mientras fui maestro de escuela se centró en el desarrollo de esta comunidad; para ello tuve que abrazar con buen resultado la política, que de no haber sido así, tal vez no hubiera hecho nada en beneficio de nuestro querido pueblo.

A la edad de 21 años uní mi suerte con la señorita Dominga Murillo. De tal unión nacieron: Wilfredo, Raúl Rolando (ya fallecido), Alma Ivonne y Armando, todos de apellidos Flores Murillo. Mi trabajo no solo lo realicé en la enseñanza, también incurSIONÉ en la agricultura, entrando en contacto con la naturaleza y en donde mi quehacer cotidiano dejó buen sustento para mi familia.

Digamos que mi trabajo en las escuelas, como fuera de ellas, será juzgado imparcialmente por las pruebas de haber trabajado con coterráneos. Declaro que todos los trabajos u obras que he realizado en Orica han sido en conjunto con mi cuñado y buen emprendedor, don Perfecto Murillo Landa.

Hoy estoy en la quietud de mi casa, jubilado, después de haber trabajado en la docencia nacional por espacio de 34 años.

Hoy en la tercera edad, sólo espero lo que Dios diga: Amén.

### **Aspectos generales del municipio**

El municipio de Orica está situado al norte de Francisco Morazán. Limita al norte con los municipios de Marale y Mangulile, Olancho; al sur con el municipio de Guaimaca; al occidente con el municipio de San Ignacio y al oriente con el municipio de Guayape, Olancho.

El municipio de Orica cuenta con las siguientes aldeas: El Nance, San Marquitos, El Encino, San Cristóbal, El Naranjo, Piedra Gorda, El Tablón, San Francisco, Guarabuquí, Joya de Quebracho, El Matapalo, Río Arriba, Guatemalita, Miraldita y La Casita; además, los caseríos de: La Prensa, Talanquera, La Joya, Guillén, El Potrero, La Ilusión, Las Flores, El Ocotalito, San José Guayabillas y las Ánimas. Todas las aldeas y algunos caseríos cuentan con escuela pública.

La cabecera municipal es Orica conformada por los barrios: Arriba, Abajo, El Centro, San Antonio, Buenos Aires, La Ronda Norte, La Ronda Sur, Miramar, Los Castaños, La Cruz, Miraflores, y Las Acacias. Dicha cabecera municipal está situada en el margen izquierdo del Río Malaque.

El municipio de Orica tiene una extensión superficial de 317.2 kilómetros cuadrados, posee límites naturales bien definidos por ríos, riachuelos, montañas y cerros, mismos que circundan un pequeño valle llamado Guarabuquí, en donde fue creada la cabecera municipal de Orica a 770 metros sobre el nivel del mar.

La población del municipio de Orica se calcula en 8,132 habitantes, dividida en población urbana en 3,000 personas y población rural de 5,132, con una población relativa de 25 habitantes por kilómetro cuadrado.

Los lugareños se dedican a la agricultura, cultivan maíz, frijoles, arroz y en pequeña escala tomate, chile, repollo, cría de ganado vacuno, caballar y porcino, entre otros.

En su mayor parte la población es indígena, y en menor escala blanca, mestiza y mulata.

Las montañas del municipio son las que se describen a continuación: La montaña La Flor es la sede de la tribu de los indios xicaques, al norte del municipio, con cultivos de café en su mayor parte.



**Guadalupe Guerrero Martínez (Lupita) con sus hijos cuando el IHAH le entregó el libro "Los hijos de la muerte" de Anne Chapman. Montaña de la Flor, Fco. Morazán. Foto de Francesca Randazzo.**

La montaña Misoco sirve de línea divisoria entre el municipio de Orica y Guaimaca; también está cultivada de café y diversidad de árboles frutales. Esta montaña se encuentra a la altura de "Volcán Guaimaca" y penetra en el departamento de Olancho. También se encuentran algunas alturas importantes, tales son el cerro "Calichón" y el "Calichito", dos centinelas que guardan la quietud del viejo pueblo de Orica, así como el cerro Los Guamilles, La Higuera, Azacualpa, El Matapalo, La Mina, El Tule y El Calderón.

Mucha importancia tienen tanto las montañas como los valles, pues en ellos se ensancha la agricultura y la variada industria que pueda desarrollarse, dependiendo de sus pobladores y autoridades.

En Orica, solamente existe un pequeño valle llamado Guarabuquí, con una extensión de 16 kilómetros de norte a sur y con una anchura de dos kilómetros de oriente a occidente. Este valle inicia al pie de la montaña Misoco hasta un lugar lla-

mado Garibay. Sus tierras son muy fértiles, sobre todo en la parte norte. El cultivo de maíz, frijoles, hortalizas son el patrimonio de todos sus pobladores.

El territorio del municipio es muy irregular (quebrado), por cualquier rumbo que tomemos nos encontraremos con una colina, un cerro grande o una montaña, de ahí que el clima sea muy variado, va de ardiente hasta el frío de la montaña. La deforestación ha contribuido al cambio del clima, pues la tala del bosque ha sido y continúa siendo inmisericorde.

Las estaciones están bien marcadas: La estación seca comienza el 15 de octubre hasta el 15 de mayo y la estación lluviosa da principio el 15 de mayo para terminar 15 de octubre; sin embargo, la estación lluviosa algunos años se amplía a todo el mes de noviembre, razón por la cual las temperaturas algunas veces son frías y otras veces bastante calurosas.

El río Guarabucú nace en la montaña de Yerbabuena, situada entre los departamentos de Yoro y Francisco Morazán. Es de abundante caudal, carente de peces, pues en todo tiempo son perseguidos por la gente que vive cerca de su orilla. Gran parte del valle de Guarabucú es bañado por este río hasta unirse con el río La Unión, que sirve de línea divisoria en gran parte de los departamentos de Francisco Morazán y Olancho; cuando este río pasa por el pueblo de Guayape, recibe el mismo nombre (Guayape).

En la montaña Yerbabuena, también se origina el río Mangulile, que penetra al departamento de Olancho. Otro río que nace en esta montaña es el río Siale, que sirve de línea divisoria entre los municipios de Marale, San Ignacio y Orica.

El río Malaque brota en la montaña de Misoco, y lleva sus aguas al río Siale. Es de reducido caudal, en la estación seca sus aguas se consumen, aunque son aprovechadas en otro tiempo por los vecinos para el riego de hortalizas. Esta una nueva modalidad utilizada por los pobladores del lugar.

Estos ríos reciben gran cantidad de riachuelos, de los cuales podemos mencionar los siguientes: Quebrada El Suyatal, Cuesta Vieja, El Sapotillo, El Incencio, Las Vainillas, La Pita y Los Maureleanos.

El municipio de Orica cuenta con una carretera que se une a la carretera de Olancho, con una extensión de 28 kilómetros. Es una carretera mala pues fue hecha para sacar madera, ningún gobierno ha querido hacerla en su totalidad; eso sí, todos los años le mandan a dar una raspadita. Esta carretera atraviesa el valle de Guarabucú de sur a norte, pasando por las aldeas: El Encino (por el centro de la población), El Naranjo, Piedra Gorda, La Minita, hasta llegar a un lugar llamado El Espino, donde se bifurca en dos caminos, uno pasando por El Tablón, Santa Cruz y llega al pueblo de Guayape, en Olancho; el otro, por San Francisco, dividiéndose allí en dos ramales: el que conduce a la montaña La Flor, sede de los xicaques y el que va

a Guarabuquí, La Lima, Joya de Quebrachos, Guatemalita, La Casita y sigue hasta empalmar con la carretera que de El Porvenir llega a Marale (carretera central) para seguir al departamento de Yoro. Toda esta carretera se encuentra en mal estado, pero con una reparación se podría viajar al norte del país.

Otras vías de acceso son los caminos de herradura. Nuestros antepasados tenían la costumbre de limpiar, excavar y desviar caminos. Ahora esa práctica ya terminó; los caminos se perdieron por la acción del tiempo. Recordamos que para los municipios de San Ignacio, Guaimaca, Guayape y aldeas del municipio, había buenos caminos.

El servicio de transporte de buses es completamente deficiente, pues hay un monopolio que no deja que otros con buenas intenciones lo mejoren.

El correo y el telégrafo son los medios de comunicación que tenemos, desgraciadamente son servicios ineficientes. Carecemos de teléfono y de otros medios de comunicación.

La flora del municipio de Orica fue muy rica y variada, nuestros bosques daban un ambiente de felicidad y colorido; sin embargo, el bosque ha sufrido un descaje inmisericorde por parte de los madereros en complicidad con las autoridades respectivas. Su extinción nadie la detiene.

A causa de las compañías Meege Lumber, Lamas, Limas, etc., hoy apenas quedan en pequeñas cantidades los bosques conformados por pinos, robles, encino, cedro, caoba, epicacuana, apazote, ciguapate, hombre grande, y liquidámbar. También se dan las plantas medicinales; mangos, aguacates y cítricos, en sus diferentes variedades; otros árboles como llama del bosque, acacias, jacarandas y plantas ornamentales, entre ellas los jazmines, rosas, claveles, dalias, crisantemos, margaritas y diversas plantas de jardín.

De la riquísima fauna, quedan muy pocos ejemplares: la ardilla, pizote, zorrillo, zorra, conejos, coyotes, tepezcuintle y monos. Especies como venados, cerdos de monte, lince, etc., han sido diezmadas por la caza mayor.

La cría de ganado vacuno se ha incrementado, pues hay buenos hatos de ganado de buena calidad por el cruce de sementales. La cría de cerdos, caballos y aves de corral, son buenos rubros para el hombre del campo.

Hace algunos años murió un buen amigo, don Margarito Ferrera. Él era de esos hombres, honrado, servicial, atento, de buenas costumbres. Me contaba que a él le gustaba mucho el lavado de oro y que en cualquier paraje lo encontraba, que este metal es muy abundante en todo el municipio; al igual que el cobre, el plomo y otros metales que sólo esperan la mano del hombre.

Las mujeres de este lugar en tiempos pasados se dedicaban a lavar oro en la quebrada El Cuévano y la quebrada La Higuera; en esta última una señora encontró

un pedazo de oro incrustado en una piedra. Como aquello era tan grande, pensó en regalarlo a un ricachón de Tegucigalpa para quedar bien con él. Así era y es nuestra gente que vive en el campo, ingenua, humilde, sincera; lo dan todo, sin pedir nada. Pero aquellos tiempos y aquella gente ya pasaron, hoy vivimos de realidades.

Existen en el municipio algunas bellezas naturales, con algunos descuidos de parte del vecindario, pues no se dan cuenta de su importancia. El Chorro es una pequeña catarata, una de esas bellezas, un lugar muy bonito para darse una asoleada en cierta época del año. Otro paraje hermoso es la loma de La Cruz, a orillas de la población. Desde allí se contempla el panorama de la cabecera municipal y el valle en todo su conjunto.

Todos los años se organizan caravanas de personas que van a darse un baño, tanto de agua como de sol, al río Guarabuquí, sobre todo en la semana mayor. Las aguas de este río son abundantes, frías, vivificantes.

Hay otros lugares de incalculable belleza, pero que nosotros no hemos sabido apreciar.

## **Historia**

De la tesis presentada por el Dr. Julio Eduardo Díaz Sarmiento, previo al acto de su investidura con el título de Doctor en Medicina y Cirugía, copiamos lo siguiente:

El municipio de Orica es muy antiguo, según archivo de la Iglesia Católica Orica ya existía en el año de 1536, aunque esto no está confirmado. En la división política territorial de 1889, Orica ya formaba parte del distrito de Cedros. Se ubica al norte del departamento de Tegucigalpa y formado además por los municipios de Cedros, Santa Rosa de Guaimaca, Orica, y Marale. Distaba 28 kilómetros de la cabecera del distrito, correspondiéndole 13 caseríos (refiriéndose al municipio de Orica).

En cuanto a la etimología de la palabra “Orica” se han dado diversas explicaciones ligadas a la leyenda. En el repartimiento de tierras de Alvarado está escrito “Oricapala”, que significa en lenguaje mexicano “cerca de la casa del unguento”, haciendo alusión al unguento que hacían los aborígenes con la trementina. Por degeneración con el uso de la palabra, fue reduciéndose a “Orica”.

A esta comunidad, así como a las extintas de Agalteca y Tapale, originalmente poblados de indios, no se les conocen punto exacto ni época de fundación. En la lista de los poblados y tributarios de la jurisdicción de Honduras, por partidos del año de 1593 (lo que forma parte del repartimiento de Alvarado) está escrito: “Tomado y extraído de las cuentas de la Caja Real, en lo referente al tostón (lo que pagaba cada indio de tributo anual, mujeres y niños no pagaban) del servicio del año de 1593. Oricapala, jurisdicción de Comayagua, 20 tributarios, 100 habitantes indios.”

El dato fidedigno más antiguo que se tiene acerca de la existencia de este

pueblo es el año de 1633, a solicitud del representante de Don Fray Luís Canizares, Obispo de Comayagua, para probar que los sitios de San Francisco de Papua y San Pedro Buena Vista pertenecían a los herederos del Capitán Don Alonso de Cáceres. Lo dicen también el Presbítero Tomás Gutiérrez y el capitán Pedro del Rosal del Cuerpo de Guerra de Flandes y Gobernador de la provincia de Honduras.

En el expediente de ejidos de dicho pueblo se encuentra que, en el año de 1700, el Alguacil Mayor Don Jacinto Pérez y demás principales se presentaron pidiendo el sitio llamado Santa Cruz de Guarabuquí para fundar una hacienda de la comunidad. La Matapalo, con dirección oriente; se pasó al río Jutiapa, siguió río arriba hasta juntarse con el Guayape. Posteriormente, en el año de 1781, Don José Antonio Lozano dio poder a Don Miguel Mendoza, vecino de la nueva Guatemala (hoy Miralda y Guatemalita) para que denunciara la tierra de los ejidos de Orica por haber desaparecido el mencionado pueblo. Con este motivo, Don Joaquín Plaza del Consejo de su Majestad, Oidor, Alcalde de Corte y Juez privativo del Real Derecho de Tierras, pidió informe a Don Ildefonso de Domezain, Alcalde Mayor de Tegucigalpa, quién para evaluarlo pasó el expediente para que informe al Comisario de los Valles de Tapale, Guarabuquí y Orica, Señor Francisco Rojas.

El informe del Alcalde Mayor de Tegucigalpa está concebido en estos términos:

Por el conocimiento que tengo de este país, manifiesto: que el pueblo de San Francisco de Orica se compone de 12 a 14 familias de pardos (negros) y españoles, contando con cinco indios de ambos sexos, chicos y viejos, criollos de dicho pueblo y además de estos indios del pueblo de Agalteca, que tienen Iglesia en Cofradía, que habían otras casitas de personas de afuera que ocupan cuando vienen a misa y pasar Semana Santa. La hacienda de "Orica" fue Cofradía el Ordinario (Obispo) la vendió hace como 16 años en 4,000 pesos a José Jiménez, que no ha sabido que hubiese distracción de los antiguos indios a otra parte, sino que se han muerto por no ser saludables el temperamento (el clima) y que, el pueblo más es el de Agalteca.

Los habitantes se dedican al cultivo de la caña de azúcar, café, yuca, plátanos y cereales. Es regado por los ríos Guarabuquí y Malaque.

Sus montañas: La Flor, Batideros, ambas de bastante elevación y extensión. Existen plantas medicinales como la quina, contrahierba, ipecacuana, copal, tatascán, liquidámbar, drago, nogal y manzanilla.

En una nota del Curato de Orica puede leerse:

"378 almas, pueblo: Orica (cabecera) Agalteca. Valles: Tapale, Guarabuquí, Culebra. Los caminos de este curato son de tierra plana a excepción del de la Culebra que es muy áspero y montañoso, siendo preciso en algún tiempo parado por la corriente de



## El Municipio de Orica

---

un arroyo que sirve de camino como media legua, por no haber otro tránsito, el cual en tiempo de agua es muy peligrosa, tanto para el cura como para todo pasajero”.

En otro aporte dice el Dr. Julio E. Díaz Sarmiento:

A los habitantes de Orica les cabe el orgullo histórico de ser un municipio por decisión de la corona española, según documentos, llamado: Título Real de los Ejidos de Orica, expedido por su Majestad el Rey Don Felipe II, en el año de 1744. Este documento fue registrado en Comayagua a los 6 días del mes de septiembre de 1843, firmado por el ministro de Hacienda Don Francisco Ferrera. Tan importante documento se encuentra celosamente guardado en poder de la Corporación Municipal.

Hacia el norte de la jurisdicción municipal de Orica se encuentra la montaña “La Flor”, asiento de dos tribus xicaques, quienes desde fines del siglo pasado huyeron del yugo de un acaudalado explotador de Yoro que los utilizaba como bestias para transportar raíz zarzaparrilla al puerto de Trujillo. Desde entonces se encuentran ubicados allí.

Estas dos tribus se organizaron a su vez en dos familias, una de indios blancos: Juan, Beltrán y Julio Soto como cacique, esta tribu habitó siempre en la región norte de la montaña y han sido poco comunicativos; la otra familia de indios (cobrizos): Pedro, Fidelio y Cipriano Martínez como caciques, han permanecido en la región sur de la montaña, caracterizándose por ser más aseQUIBLES para los extraños.

Ambas tribus han sido muy pacíficas y siempre han tenido una vida miserable y permanente, abandonados por el resto de la comunidad nacional; se dedican a una vida rudimentaria de agricultura, sembrando maíz, café y tubérculos. En muchas ocasiones han sido estafados y atropellados en sus derechos. En la administración del Dr. Miguel Paz Barahona se les regaló tierras legalmente, teniendo su título bien arreglado. Este documento se encuentra inscrito en el Registro de la Propiedad inmueble y mercantil de este departamento de Francisco Morazán, bajo el número 164 – folios 265 al 307, según acta del 14 de febrero de 1929 y firmado por el encargado de dicho archivo Sr. Martín Velásquez.

Existen otras versiones sobre Orica. La primera, según contaba la señorita Purificación (Tía Pura, como le llamábamos) y que a ella se lo contaron sus abuelos y padres, es aquella según la cual la población de Orica en su inicio estuvo ubicada al oriente de la actual cabecera municipal, como a cuatro kilómetros, en un lugar llamado Pueblo Viejo; sus habitantes eran indios y algún otro blanco. Que hubo una estación lluviosa, demasiado copiosa, a tal grado que el lugar fue inundado por el desbordamiento del río Malaque y otras fuentes, causando la muerte de varios pobladores y los que lograron salvarse, vinieron a poblar lo que se llama “El Tejar” y alturas próximas. Más tarde se extendieron por La Hacienda Vieja, Sabana de Julio, El Estiquirín y Quebrada de los Orines, llegando hasta Las Guayabillas y Las Ánimas. En todos estos lugares hay

vestigios de haber sido habitados que, posteriormente, se fueron agrupando en la parte que hoy ocupa la población a la margen izquierda del río Malaque.

La otra versión es que la cabecera municipal de Orica estuvo en un lugar llamado Pueblo Viejo. En ese lugar la tierra era muy poca para los faenas agrícolas; por primera vez alguien lo pensó y se trasladó, con el propósito de hacerse de un pedazo de tierra. Otras personas siguieron al primero y así sucesivamente. Cuando regresaban a sus hogares iban cansados, dolientes por el trabajo del día, entonces alguno de ellos creyó que lo mejor era hacer un rancho de “vara entierro” y se quedó viviendo acá, secándolo por otros, y así se formó la cabecera municipal.

Contaba el recientemente fallecido don Abraham Flores, una leyenda ori-quense según la cual a estas tierras se les llamaba “Urica” (Orica), lo que significa “oro rico” y por extensión, “territorio rico en oro”, por la gran riqueza que contiene, pues existen maravillas ocultas. En la Montaña La Flor se asegura están bajo tierra todos los ornamentos de la antigua Iglesia de Miralda, incluidas las imágenes que eran todas de oro macizo, las cuales los primitivos habitantes enterraron en aquella montaña para que los españoles no se apoderaran de ellas, pues eran conocedores de la codicia de éstos. Los enterradores murieron sin revelar el sitio secreto. Detrás de ese fabuloso tesoro han llegado varios aventureros, pero ninguno ha podido encontrar el misterioso lugar.

### **Los indios xicaques de la montaña “La Flor”**

El municipio de Orica, Francisco Morazán, se enorgullece de tener en su territorio a los indios xicaques de la montaña La Flor, dignos descendientes de nuestros antepasados, restos de aquellos valientes que se enfrentaron a las huestes españolas por conservar la integridad de nuestro territorio. Allá en el occidente del país surgió la figura legendaria del indio Lempira, que traspasó los umbrales de la eternidad para dejar a sus compatriotas una tierra libre, soberana, tal como habían vivido. Allí tenemos pues, a los siempre ignorados indios xicaques de la montaña La Flor, etnia pura que a través del tiempo se ha conservado en el atraso debido a la indolencia de nuestra sociedad y a los gobiernos que han proliferado en nuestro país.

Cuentan personas que han convivido con los indios que estos son descendientes de las tribus Santa Marta y Subirana, poblados del departamento de Yoro.

Para desgracia de los indios, un día llegó al departamento de Yoro un aventurero buscando fortuna, quien miró la gran cantidad de zarzaparrilla. Así, dispuso poner a los indios a arrancar y separar la raíz del resto de la planta y una vez hecho este trabajo, mandó a los indios que la cargaran en sus espaldas y llevaran hasta la ciudad de Trujillo, donde se exportaba al exterior. Los indios no recibían ningún

suelo, no les daban de comer... De esa manera la fuerza del desventurado gringo caía sobre sus cuerpos, hasta que el indio cansado, vejado en su dignidad, rendía su trabajo a la madre tierra. El resto de indios llegaba a su destino con su carga y regresaba dolido, hambriento, cansado a sus bohíos, a lamentarse de su desgracia, de su mala suerte; pero no todos los indios estaban dispuestos a seguir soportando el yugo que se les había impuesto. Pedro y Juan Martínez una noche de luna abandonaron su tierra querida; caminaron por cerros, montañas y planicies con paso lento pero seguro, buscando la libertad ansiada. Dejaron sus casas, sus gallinas y todo lo que tenían, pues esto era fundamental para su seguridad, para conservar su vida. Por delante tenían un horizonte, una tierra que les daría albergue: la montaña La Flor.

Entre Pedro y Juan no había ningún parentesco, únicamente el de la raza. Con Pedro Martínez vino su señora, pero ignoramos su nombre; también vinieron: Domingo, Benito, Doroteo, Beltrán y Mateo, los cuales eran todos sus hijos. Con Juan Martínez, llegaron su señora y sus hijos: Lorenzo, Leopoldo y Beltrán. Todos se establecieron en un solo lugar y así vivieron por mucho tiempo, formando un solo cacicazgo. No sabemos por qué se pasaron formando así las dos tribus existentes, tuteladas en la actualidad por Cipriano Martínez y Julio Soto.

### **Cómo viven los indios**

Los indios viven casi en la intemperie, sus casas son malas, duermen en el suelo pues no tienen camas; su vestimenta es tradicional, sucia como el suelo. Sin embargo, la tribu de Cipriano Martínez ya está bastante civilizada, pues se rozan con las personas que van o sino ellos llegan a la población. La amistad para ellos es una cosa sagrada, cumpliéndose la palabra empeñada; son pacíficos por naturaleza, con una mirada vaga, indecisa.

Su alimentación consiste en masa de maíz, solamente con sal. Les gusta pescar, pero en el río que pasa cerca de sus casas ya no tienen ese alimento codiciado: los peces. La caza mayor se extinguió; ellos usan la cerbatana, con la cual hacen tiros certeros.

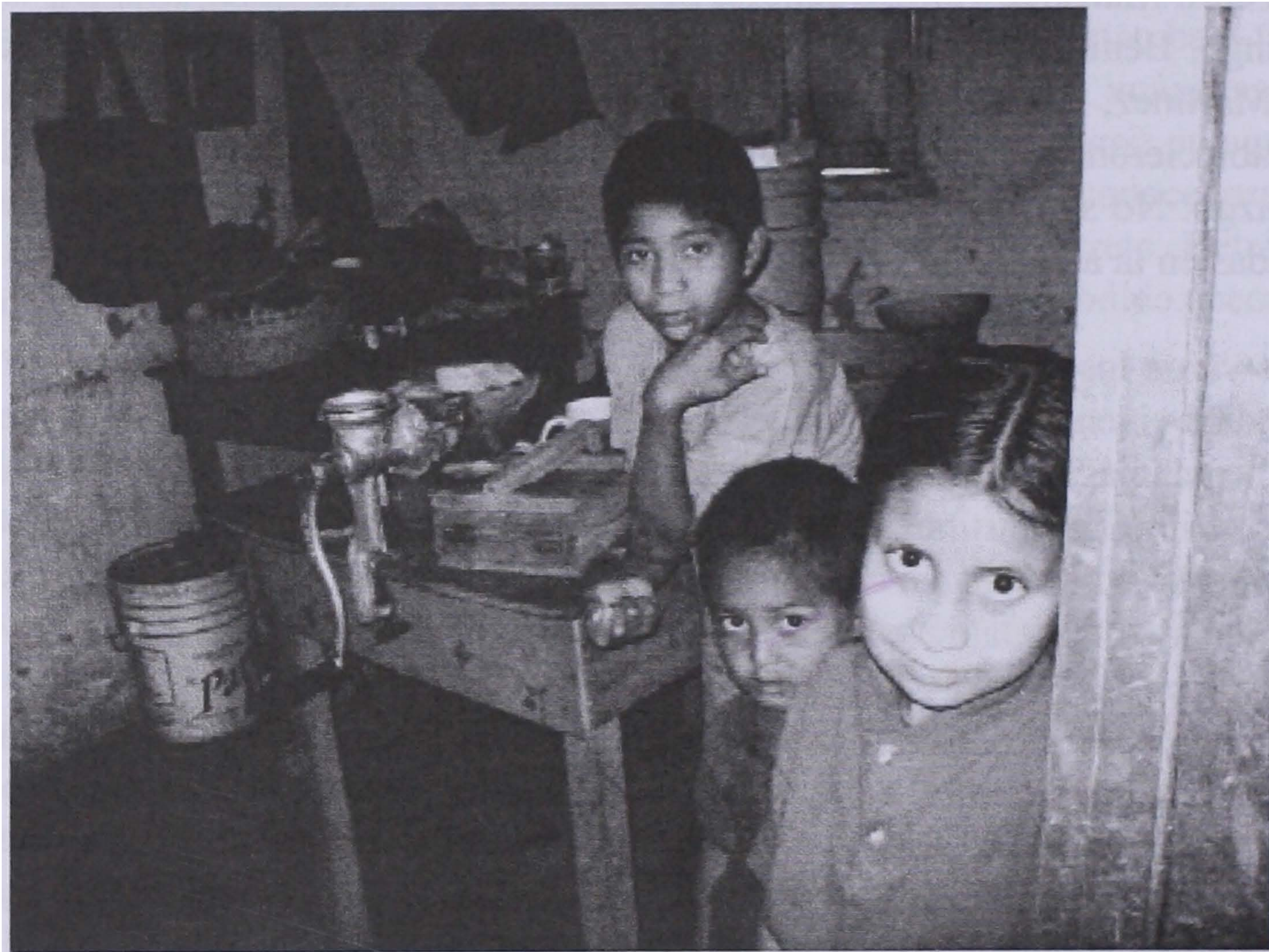
Son supersticiosos, pero creen en Dios. Tienen su cementerio, un lugar apartado de donde viven. Casi nunca se enferman y cuando alguna dolencia les llega, se afligen y mueren de "musepo". La gripe es para el indio la enfermedad mortal, como la desnutrición y el parasitismo, entre otras.

En los últimos años se ha prestado buena atención a los indios. De la Secretaría de Salud llegan visitas para prestarles servicios de vacunación y darles otra clase de medicinas. Los indios ya se han introducido en una nueva etapa de su vida, aceptan las medicinas, las sales de su Tamagasapa.

Los indígenas hablan el dialecto xicaque, pero también español. Han recibido con

beneplácito la escuela, pues donde Cipriano Martínez hay una y donde Domingo Martínez, otra. Al fin, las autoridades y la sociedad en general han comprendido el error cometido contra de los xicaques de la montaña La Flor, que vivieron en la pobreza, en la indigencia. Así son los indios xicaques, los tolupanes de la muerte.

En la tribu de Cipriano Martínez hay una población de 260 indios; en la de Julio Soto sólo tenemos conocimiento de su población, pues viven muy lejos y son muy huraños. Los indios tienen su terreno propio, donado por el Presidente Dr. Paz Barahona. En ese terreno hay gran cantidad de pinos y hasta ha llegado la mano constructora de los madereros, que no se acordaron de pagar la madera extraída. Se dice que los indios perdieron la cantidad de L. 35,000.00 en complicidad con las autoridades de la Corporación Hondureña.



Los hijos de Lupita en su casa. Montaña de la Flor, Fco. Morazán. Foto de Francesca Randazzo.

### Religión y fiestas pueblerinas

Los habitantes del pueblo de Orica son muy religiosos. La población está dividida en católicos y evangélicos, lo mismo sucede en las aldeas y caseríos. Los católicos celebran a la Virgen Los Dolores, El Perpetuo Socorro, Las Mercedes y María Auxiliadora en los meses de mayo y junio, octubre y noviembre; el Santo Rosario, San

Antonio, San Rafael, San Francisco de Asís y otros.

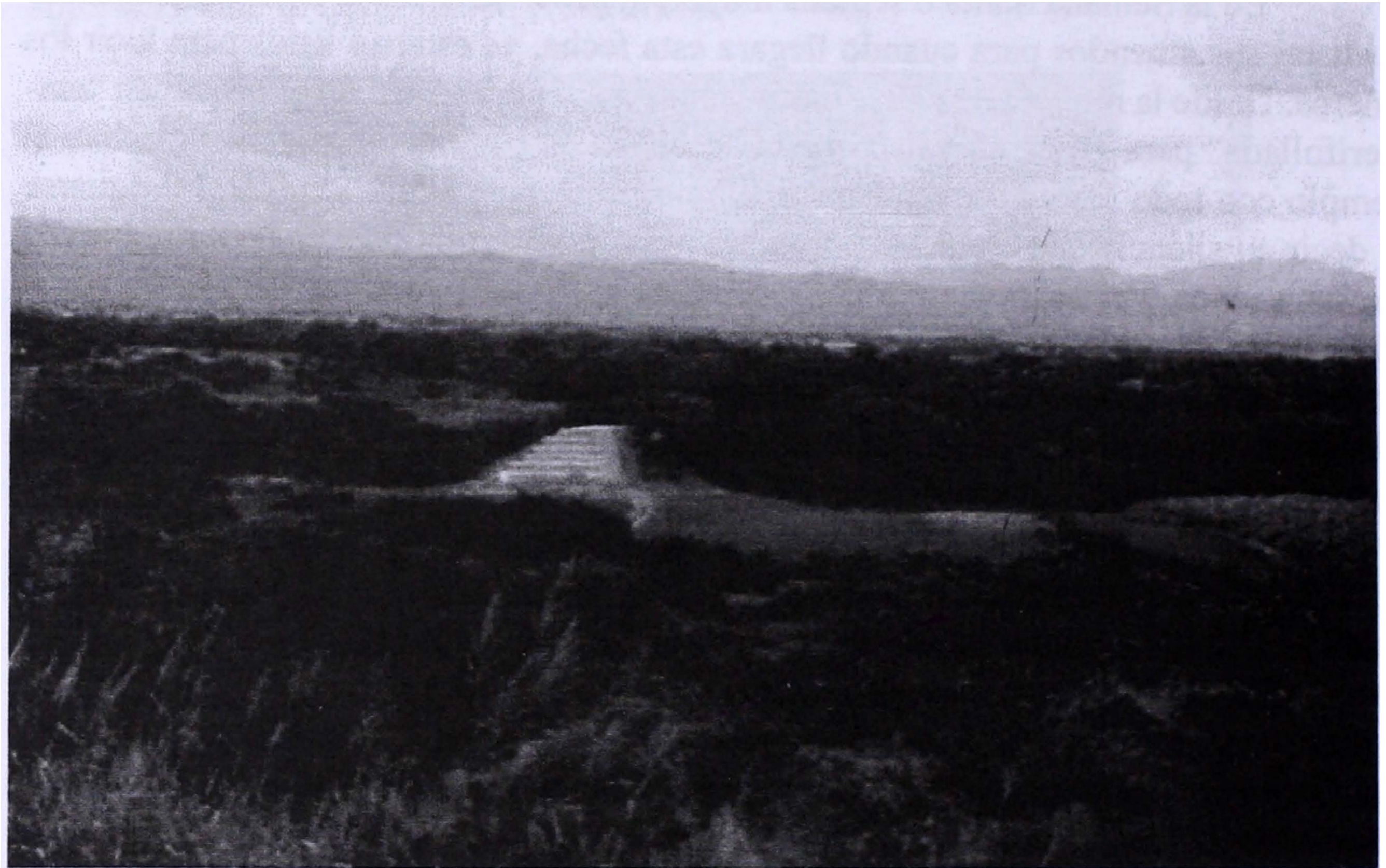
La fiesta más importante es la que se celebra en el mes de octubre en honor al patrón San Francisco de Asís. En esa fecha todos, hombres y mujeres, demuestran su entusiasmo, así como en la Santa Misa y el Santo Rosario, los matrimonios, los bautismos y las comuniones. También hay bailes y serenatas, cohetes y cohетillos, carreras de bombas, cintas y encostalados, “torofuego”, borracheras y sin faltar, desde luego, las chiveadas. En esos días nos visitan personas de Tegucigalpa y de otros lugares vecinos. Afloran también los coyotes que se aprestan a formar parte de la directiva que se encarga de coordinar los actos de la fiesta, para hacer su agosto, o sea “meter las uñas” en el dinero recaudado.

En la Semana Santa o semana mayor, la gente de tiempos pasados empezaba a alistar sus atuendos para cuando llegara esta fecha, ya estaban listos para lucir los eneros. Desde la mujer más pobre hasta la más encumbrada iba a la iglesia bien “emperifollada” para gustar al galán que la acechaba en sus citas de amor. Entraban al templo con todo recogimiento espiritual a postrarse ante el altar mayor, santiguarse y decir en silencio sus oraciones, rogando a San Antonio que le apareciera el joven de sus sueños. Pero eso sí, todo era respeto. Ellas miraban a todos lados para ver si allí estaba el hombre soñado, pero nadie miraba nada de su cuerpo, ni un pié, mucho menos arriba de la rodilla. La mujer no se dejaba tocar de nadie hasta que la boda llegaba a su fin. Así eran nuestras mujeres y así lo eran los hombres, respetuosos. De esta manera trascurrían los días de la Semana Santa, las confesiones, las comuniones y las procesiones, con recogimiento espiritual.

En la casa se comía el tradicional pescado, las inseparables torrejitas eran traídas con anticipación y se desechaba todo aquello que profanara la fe cristiana. Aquella gente era temerosa de Dios.

Hoy las cosas han cambiado, por cuyo motivo no tenemos por qué decir lo que sucede, pues todo mundo conoce nuestra realidad. Bellos tiempos aquellos en los cuales se veía el respeto, las buenas costumbres, el buen decir sin extralimitarse en un lenguaje vulgar y soez.

En las fiestas de nochebuena o navidad, en tiempos no muy lejanos, se acostumbraba hacer nacimientos muy originales con material de la localidad; por las noches se bailaba en el local de los nacimientos; se comían tamales, torrejitas, atol de maíz, café, rosquillas, rosquetes y algunas veces, ayote en miel. Esos eran los platos que se saboreaban en dichas fiestas. Las costumbres desaparecieron y ahora prevalecen el árbol de navidad y otras tradiciones no hondureñas.



**Figura 1. Vista desde la estructura 101. Foto de Boyd Dixon.**